



Una escena de la grabación de la obra «Las salvajes en Puente San Gil» que se emite esta noche en «Teatro»

«Las salvajes en Puente San Gil», de José Martín Recuerda

El estreno de «Las salvajes en Puente San Gil» en el Teatro Eslava de Madrid el 31 de mayo de 1963 constituyó un escándalo y un éxito. Con este drama José Martín Recuerda se afirmaba, juntamente con José María Rodríguez Méndez, como el calificado representante de lo que vino a llamarse el teatro realista español. Era un momento en que el realismo había tenido una efímera efervescencia en Inglaterra con «Mirando hacia atrás con ira», de John Osborne, estrenada en 1956, y con unos cuantos dramas posteriores; pero el hecho es que se hallaba asediado por todas partes por otras tendencias de entre las cuales el teatro épico —con la obra de Brecht acabada de descubrir entre nosotros— era la más importante.

José Martín Recuerda impuso en Madrid, como antes lo hiciera en Barcelona José María Rodríguez Méndez con «Vagones de madera», «Los inocentes de la Moncloa» y «La batalla del Verdún», un realismo áspero, duro, variopinto, que supuso un escobazo a las comedias de sala de estar que ocupaban los escenarios oficiales. Martín Recuerda había estrenado ya en el momento de dar a conocer «Las salvajes en Puente San Gil» algunas obras que habían llamado la atención; pero lo había hecho al principio desde la modesta plataforma del teatro universitario de Granada, con dramas como «La llanura», del 1954; «Los atridas», también del 1954, y «El payaso», del 1956. Cuando el nombre de Martín Recuerda salta a un primer plano y empieza a hacerse incómodo es con «El teatrito de don Ramón», que gana el Premio Lope de Vega el 1958, y, según estaba estipulado en las bases, tuvo que ser estrenado al año siguiente en el Teatro Español de Madrid.

El realismo de Martín Recuerda no ha de ser confundido con el naturalismo fotográfico que intenta trasladar al teatro, sin seleccionar ni subrayar, lo que halla el escritor en la vida cotidiana; el suyo es un realismo intencionado que no desemboca en ninguna tesis, pero que des-

cubre la tramoya que hay detrás de muchas acciones humanas con fachada respetable. En las raíces del teatro de Martín Recuerda hay el teatro de Lorca, granadino como él, y hay el esperpento de Valle-Inclán, si bien ahora la disposición interior de los elementos del espectáculo resulta más mesurada, presenta menos aristas. Para comprender el teatro de Martín Recuerda, además de Lorca y Valle, hemos de tomar en consideración el «género chico», que desemboca en unas formas teatrales populares, unas formas que funcionan con la precisión de un mecanismo de relojería. La amalgama, pues, es diversa y cristaliza en un estilo personal, inconfundible.

«Las salvajes en Puente San Gil» es seguramente la mejor obra, la mejor construida, que ha escrito el autor, no demasiado prolífico. Atraído por el mundo del teatro, como en «El teatrito de don Ramón», también en «Las salvajes en Puente San Gil», la acción transcurre en un escenario. Martín Recuerda enfrenta aquí dos mundos opuestos, que se rigen por unos valores aparentemente diversos; poco a poco nos damos cuenta, sin embargo, que dicha diversidad si va contra alguien es contra quienes se presentan bajo el disfraz de la virtud, la cual, a través de

la obra, queda denunciada como la más triste de las hipocresías. «Toda la obra se reduce, en definitiva —escribe José Monleón en el estudio que dedicó al teatro de Martín Recuerda— a una pugna entre las muchachas de la compañía de revistas y una sociedad simultáneamente definida por la intransigencia de las damas y la agresiva y mal reprimida sexualidad de los caballeros.»

La irritación causada por el estreno de «Las salvajes en Puente San Gil» se tradujo en una progresiva marginación del teatro de Martín Recuerda, e incluso de él mismo: los estamentos oficiales de los años 60 tendieron a considerar la obra del autor granadino como un teatro «esporádico» escrito por un personaje «pintoresco». «Y de pronto —escribe José María Rodríguez Méndez, compañero suyo de generación y de marginación, al recordar las vicisitudes biográficas del escritor granadino— un poco más tarde, Martín Recuerda tiene que irse al "moro". Es decir, pasarse a los Estados Unidos, como tantos otros, para sobrevivir, para poder seguir escribiendo de lo nuestro: de nuestro vino, nuestras mujeres, nuestros curas y caciques.» De esta manera se pretendió aislar una obra molesta, rehuir el análisis de una dramaturgia que sabía expresarse con una fuerza y una violencia poco comunes. Sin embargo, el paso de los años ha borrado los perfiles de los autores que durante aquella década recibieron el incienso de la crítica sanchopancesca y ha dado relieve y color al teatro de Martín Recuerda.

Una buena representación televisiva de «Las salvajes en Puente San Gil» puede salvar, aunque sea con un enorme retraso, una parte de la deuda que todos hemos contraído con la obra dramática de este autor.

Xavier FABREGAS